INTEGRACIÓN DE LA VIDA CONSAGRADA EN LA DINÁMICA DE LA COMUNIDAD DIOCESANA

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v61i213.190>

ALONSO MORATA MOYA*

EN CAMINO

Intentar tratar con objetividad el tema de la relación entre la vida consagrada y las iglesias diocesanas no deja de ser un riesgo. Puedes situarte de parte de una realidad y obviar el punto de vista de la otra o teorizar sin una mirada a la realidad, mirada que te lleva a concluir que ésta es muy variada. Nos encontramos con diócesis en las que la armonía es total y la colaboración estrecha y respetuosa con el carisma que cada uno debe aportar a la sociedad, concretada en la comunidad cristiana.

Quizás tengamos que partir de una entrada en el túnel del tiempo para contemplar cómo han cambiado los tiempos y cómo ha evolucionado lo que, en otros momentos de la historia de la Iglesia, fue una armonía sin apenas roces, porque el mismo número de sacerdotes diocesanos, religiosos y religiosas hacía que, casi sin pensarlo, brillaran los carismas y creyéramos que había armonía entre ellos. Pero cada uno en su casa y con su tarea. Daba, a veces la impresión de que eran «trabajadores» de empresas distintas, aunque con bastante afinidad: cada uno presentaba su mercancía a su estilo y como «manufactura» tratada con mimo y de la mejor calidad.

Mi visión especial es que siempre la relación y colaboración de la vida religiosa femenina, en sus diferentes carismas, ha sido más fluida que entre los ministros de órdenes religiosas y del clero diocesano. Pienso, además, que ello no se ha debido a albergar intenciones aviesas, ni siquiera de competencia entre ambos; más bien creo que ha sido la falta de armonización de los carismas en una tarea común (la única que cabe a ministros cristianos) como la evangelización, la que ha propiciado cierto distanciamiento, fijándonos más en las tareas propias que en la misión común, misión en la que no sólo caben la diversidad de carismas, sino que es necesaria tal diversidad para presentar el abanico de la riqueza que la buena noticia de Jesús supone para los hombres de cada época de la historia.

* Sacerdote Operario Diocesano, Director del secretariado de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades.

1. ¿CÓMO SON LAS RELACIONES ENTRE LOS DISTINTOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA?

En los últimos años se ha progresado mucho en las relaciones inter-congregacionales. Es gozoso ver que existen tareas compartidas por diversos grupos religiosos que han sabido armonizar sus carismas y darle riqueza a una misión que con esta «comunidad» se enriquece y se hace más de Iglesia. La convicción de que «no hay ningún riesgo de perder la identidad carismática trabajando juntos. Más bien el trabajo conjunto hace que cada cual tenga que conocer mejor el propio carisma para compartir con otros y manifestarlo en su originalidad y singularidad»¹.

Esto que parecía hace poco un impedimento se ha convertido en una manera más evangélica de estar en el mundo. Es gozoso ver cómo la pastoral juvenil y vocacional la programan de consuno y que van comprendiendo que los carismas son un don del Señor a la Iglesia y sólo tienen sentido en el caminar conjunto de la comunidad que responde a ellos desde la vida laical, los institutos de vida consagrada, las órdenes religiosas y el sacerdocio ministerial. Entender que la consagración primera, principal y básica es la que recibimos por el bautismo, sólo ella hace posible la respuesta a las llamadas específicas o modalidades de vocación, como decía Juan Pablo II, hoy declarado santo, que forman el entramado apostólico que debe hacer llegar a todos los hombres la vida cristiana.

El saber que el ser cristiano no es seguir una ideología, ni una doctrina, sino seguir el camino de Jesús: «Ponte detrás de mí, ven y sígueme», o sea, pisa en las huellas que yo voy dejando y llegarás a sentir la persecución, pero también y sobre todo, la alegría de la vida nueva que te lleva a la resurrección, porque «quien cree en mí, aunque haya muerto vivirá». El sentido del no morir para siempre no está en una eternidad insulsa y de quietud, porque la contemplación del Padre y del misterio trinitario, es la forma más dinámica de existencia.

Esto nos lo adelantan los diversos carismas, ese hermoso regalo de Dios a la Iglesia del Hijo, que va dirigiendo por el Espíritu la Iglesia de cada momento de la historia. Por esa razón es muy importante que la presentación de los diversos carismas sea con un lenguaje adaptado a nuestra época y dentro de ese sentido de carisma renovado se encuentra la celebración de este año dedicado a la vida consagrada que, en España coincide con el centenario de Santa Teresa, aquella mujer de hace cuatro siglos que es hoy actual, porque supo entrar en el dinamismo del carisma de amor perpetuo de Dios a su Iglesia.

A este respecto cuando le preguntan al presidente de CONFER, cuáles son los logros de estos años en la Confederación de Religiosos, con acierto contesta: «Los logros más significativos son los cauces de unión, comunión e inter-congregacionalidad que se han ido abriendo. Hay un momento relevante que es la

1. P. de las Heras, *Entrevista en CONFER Sevilla*, octubre 2013.

unión de CONFER femenina y masculina en 1994. A partir de ahí, con las dificultades propias de una organización tan amplia y rica en diversidad carismática, se han recorrido esos caminos por los que hay que seguir avanzando: unión y comunión en la diversidad, proyectos apostólicos inter-congregacionales, orientaciones comunes en líneas de acción para la vida consagrada, posicionamientos ante la sociedad en defensa de la vida y de una existencia digna, de los valores cristianos, de los derechos humanos, a favor de los más débiles».

Señala además un punto de inflexión que supone una apertura nueva de los distintos carismas de la vida religiosa. Ese es la unión de CONFER. Es el momento en el que va a ir cambiando no sólo la mentalidad, sino, sobre todo, la misionalidad de toda la vida religiosa. Su sentido de evangelizar unidos, de avivar los carismas concedidos no a favor de una institución, sino como riqueza y tesoro que hay que compartir con el pueblo que camina siguiendo los pasos de Jesús, en atención a todos esos objetivos que aparecen en la cita «defensa de la vida, lucha por los más débiles». Eso se traduce en acciones concretas, pero éstas nacen del amor de Dios que transmite a través del carisma de cada institución y de las instituciones en su conjunto.

2. ¿Y CON LAS DEMÁS INSTITUCIONES ECLESIALES: CLERO DIOCESANO, OBISPOS?

Nadie duda de la labor que en las demarcaciones de las diócesis han llevado a cabo las órdenes y congregaciones religiosas a lo largo de la historia, tampoco del surgir de nuevos o renovados carismas en los últimos siglos, carismas que respondían a las necesidades de la sociedad en esos momentos. Han estado de siempre en las diócesis y han trabajado para la evangelización de las mismas. Pero, ¿se han sentido diocesanas?, más aún, ¿Las han considerado como propias los obispos y el clero de cada diócesis? Y no me refiero aquí a trato personal de algunos sacerdotes y obispos con ciertas comunidades, sino al contar con ellos en la planificación de la tarea diocesana, en los proyectos pastorales. No se trata de encargarles alguna tarea, sino de hacerles protagonistas, de acuerdo con su carisma, de la misión diocesana junto con los laicos y ministros ordenados. Diría que debe haber algo más que diálogo institucional, que cuando un religioso, religiosa, trabaje en una diócesis sienta ésta como propia.

Lo cual no lleva consigo el que renuncie a su carisma propio, porque el religioso, la religiosa son diocesanos con su carisma y además aportan el rasgo de universalidad del mismo, enriquecido y adaptado al momento histórico y a sus pertinentes exigencias. Es muy importante subrayar lo que el mismo presidente de CONFER dice de su relación *ad extra*: «Un logro significativo ha sido el diálogo institucional y la colaboración que se ha mantenido con los obispos, con otras organizaciones de Iglesia, como Cáritas o FERE, con los laicos que trabajan en misión compartida con las órdenes y congregaciones religiosas y con la administración pública en lo que afecta a quienes CONFER representa».

No cabe duda de que el esfuerzo hecho por los religiosos y religiosas en este asumir tareas diocesanas que iban acordes a su carisma de caridad, de enseñanza, de atención a marginados, pastoral penitenciaria, también con el estilo de sus parroquias, han enriquecido el dinamismo diocesano. Pienso además que no deben «confundirse» con el clero diocesano, su función está, precisamente, en aportar los rasgos de evangelización que matizan la diversidad dentro de la unidad de la misión.

Un hecho importante es la parte que han dado a los laicos cercanos a ellos en la misión compartida. En muchos casos esta cooperación desde la armonía y sintonía plena con el carisma supone el mantenimiento del mismo en algunas de las obras por ellos emprendidas, cuando por la edad o la escasez hubieran tenido que limitar su trabajo y abandonar parte de la misión que llevaban a cabo. La misión compartida es sin duda un gran avance en la evangelización, sobre todo cuando ésta conlleva el hacer presente en los lugares de trabajo y en la vida a pie de calle la «manera de vivir» de los cristianos. Hacen así patente que el ser cristiano no es una ideología, ni un conjunto de creencias y/o normas morales, sino una forma de entender la vida desde el envío y entrega a los hermanos, que se concreta en el actuar cotidiano.

En esta dinámica se está avanzando durante los últimos años, en el principio de corresponsabilidad con el lugar de su ministerio y las necesidades concretas del mismo con la mutua colaboración entre clero diocesano y clero religioso junto a la vida consagrada femenina. No podemos obviar que en este momento el trabajo de los religiosos en la pastoral diocesana tiene mayoritariamente una valoración positiva. La vida religiosa quiere vivir inserta en la Iglesia particular y, por tanto, en la pastoral diocesana, aportando su propia singularidad de forma y estilo de vida, con la riqueza de los distintos carismas. Para progresar en este y en otros campos, hay que seguir avanzando en el conocimiento mutuo entre las distintas formas de vida de la Iglesia.

Este conocimiento mutuo ha de derribar de una vez las barreras, incomprensibles, que en otro tiempo han llevado a duplicar misiones, a no armonizar carismas, a «hacerse la guerra mutuamente» con el consiguiente escándalo o interrogante del pueblo fiel. Hay que repetirlo: los carismas son para el servicio del pueblo de Dios, nadie se puede apropiarse de ellos y son concedidos para desempeñar una sola y única misión que es la de hacer presente la vida que Jesús nos enseñó en su caminar como hombre entre los hombres, para llevarnos al encuentro con Dios.

3. OBISPOS Y CLERO DIOCESANO EN SU RELACIÓN CON LA VIDA RELIGIOSA

El Obispo es el pastor de todo el pueblo de Dios, bajo su cuidado están no sólo los sacerdotes y laicos del territorio, sino todos aquellos que comparten la misión en el mismo y, de manera especial las religiosas y religiosos junto con

los distintos Institutos laicales que también trabajen en la tarea evangelizadora, sean de rango diocesano o pontificio. Esta nueva forma de consagración es también una manera de hacerse presente en todos los lugares con el talante propio de un cristiano que dedica sus capacidades al servicio de los demás.

Por esta razón es misión específica del Obispo cuidar y alentar también las vocaciones a la vida religiosa a través de sus sacerdotes. En este tiempo de escasez vocacional parecería lógico que, si surge un joven que se plantea la respuesta al Señor, se le indique el seminario diocesano como lugar, sin embargo, en el caso de que mostrase una inclinación clara a un carisma religioso específico, desde el acompañamiento primero tiene que ser favorecido por el acompañante.

El clero diocesano, en general, ha valorado siempre la presencia de religiosas en su entorno. Han sido, la mayoría de las veces, unas colaboradoras generosas en las tareas de las parroquias. En ocasiones no ha sido así en algunas órdenes religiosas y se las ha marginado o tenido poco en cuenta, incluso en campos en los que su carisma les hacía más aptos para responsabilizarse de la gestión pastoral del mismo. No siempre se ha dicho con cariño y cercanías «los frailes... tal o cual cosa». Es el momento de unir nuestras fuerzas, porque tenemos una única y misma misión y nos complementamos perfectamente, si no hace cada cual lo suyo, sino todos se ponen al servicio del desarrollo pastoral nuevo y propio de este tiempo, de la renovación necesaria para que nuestros carismas no sean una reliquia del pasado que hay que poner en su nicho para que todos la contemplen y digan: ¡qué bella era!, ¡cuánto bien hicieron!, sino que manifiesten que Dios sigue haciendo su trabajo de amor y misericordia entre los hombres, teniendo como mediadores a todo el pueblo cristiano, con sus pastores, los consagrados y el laos, el pueblo fiel que camina en cada lugar.

¿Y qué retos plantea la renovación de la vida consagrada en estos «tiempos recios»? El P. de las Heras, en la entrevista citada nos da cuenta del tiempo oportuno para la comunicación de los carismas, y anima también a no encerrarse en la referencia a las instituciones, ni caer en el pesimismo. Estamos seguros de que la angustia por las vocaciones no trae ninguna vocación pero sí muestra un estado que repele, que impide acercarse a aquellos que hayan pensado iniciar un camino de consagración más plena a Dios. No se puede ir por ahí poniendo cara de víctima. Si la marca del cristiano es la alegría, sobran las caras de funeral, de angustia, de malestar.

La renovación, pues, viene de dos exigencias: Por una parte, la apertura a los hermanos para que conozcan la realidad de las comunidades. Esto no significa sólo dejarles entrar en los conventos, sino en que descubran, por el tenor de vida que perciben, que algo importante y radical para la felicidad personal ocurre en ellas y se pregunten ¿por qué, si no tienen cosas, son felices? El «mirad cómo se aman» no puede quedarse en una ejemplaridad del pasado, sino que ha de

transformarse en una continua actualización de la vida. ¡Qué importante es el lenguaje con el que lo transmitimos! No sólo las palabras sino los gestos y la expresión del semblante ya están hablando muy alto.

Por otra, una segunda: la muestra ante los hermanos de que «nada humano nos es ajeno», que ni son supermejejes o superhombres ni seres de otra galaxia, sino personas con los pies muy asentados en la realidad actual, pero con la mirada no en la tierra, sino en un horizonte que, fijos los ojos en el Padre, incluye las necesidades y alegrías de este mundo. Así lo expresa el Presidente de CONFER España: «Este año puede ser un momento propicio para conocer mejor la identidad y misión de la vida consagrada en toda la Iglesia y en la sociedad. Hacia dentro de la propia vida consagrada puede ser también un tiempo de liberación de cualquier auto-referencialidad, nostalgia o pesimismo para responder a la invitación de desplazarse, desde la experiencia de Dios y la primacía del Espíritu Santo en su vida y misión, hacia nuevas periferias geográficas y existenciales».

Y ni siquiera la realidad de cierto erial vocacional, el envejecimiento de las comunidades puede alejarlas de su hacer presente el carisma del Espíritu. Esa presencialización no se hace por el número, sino por la categoría de la misión, por el «resplendor de la vida», por ese ser distinto, siendo del mismo «barro», ese pensar en los otros por encima de uno mismo que supone la consagración.

La vida religiosa en España tiene que superar el complejo de estar en retirada, que de hecho parece tenerlo en mayor o menor medida. Esa insistencia en una edad media alta y tener pocas vocaciones, aunque es una realidad, se ha convertido en una conciencia de imposibilidad, cuando la vida religiosa está llamada a darlo todo y ser fecunda cualquiera que sea su circunstancia. En *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco pide que seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada.

Está claro que la «Vida religiosa» es importante para el conjunto visible de cualquier sociedad. Por eso, ni puede esconderse y retirarse de su misión en este mundo, refugiándose en un pasado inmovilista y olvidando que rara vez se ve a Jesús esperando a que vayan a su encuentro, más bien lo encontramos buscando a las gentes para mostrarles el camino. Y una parte importante de esos rasgos de la llamada universal de Dios y la llamada al pueblo, es el ejemplo de que las riquezas del mundo no son lo definitivo, sino otros valores y riquezas que no están sujetas al éxito, ni al placer, ni a la abundancia de posesiones y dinero. Por eso no olvidamos que «desde su aportación rica y original, la vida consagrada debe sumarse a la misión en comunión del proyecto evangelizador de cada Iglesia particular. Inserción, sin perder su especificidad. Para ello la vida religiosa está bien dispuesta a un diálogo abierto y cordial que contribuya a crear un clima de aceptación y de armonía en las relaciones. De este modo puede contribuir a un estilo de cooperación entre obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares. Para así, en corresponsabilidad, acrecentar la conciencia de la comunión eclesial».

Es ésta una certeza que no debemos olvidar: la corresponsabilidad (que desecha el vulgar «escurrir el bulto») es signo de que somos un pueblo que ha de caminar unido, en conjunto y que esa unión nos lleva a ser capaces de prestar ayuda a los más débiles, a quienes necesiten de los otros: «Nosotros, los robustos, debemos cargar con los achaques de los endeble y no buscar lo que nos agrada. Procuremos cada uno dar satisfacción al prójimo en lo bueno, mirando a lo constructivo. Tampoco Cristo buscó su propia satisfacción; al contrario, como dice la Escritura, 'las afrentas con que te afrentaban cayeron sobre mí'» (Rom 15, 1-3). Ciertamente que es éste un texto que nos sitúa en ese caminar juntos, unidos, con un solo corazón, compartiendo los unos las debilidades de los otros y teniendo en nuestro corazón la capacidad de comprensión y de perdón ante las debilidades del hermano. Porque como nos dice en 1 Pe 4, 10-11: «Que cada uno, con el don que ha recibido, se ponga al servicio de los demás, como buenos administradores de la múltiple gracia de Dios. El que toma la palabra, que hable palabra de Dios. El que se dedica al servicio, que lo haga en virtud del encargo recibido de Dios. Así, Dios será glorificado en todo, por medio de Jesucristo».

Este don es el carisma que nos es concedido por Dios en orden a la edificación de la Iglesia y los carismas son cualidades específicas. Cuando una persona recibe el don de resaltar ese carisma mediante un grupo de personas que participan en él y lo hacen llegar a los hermanos a lo largo de los siglos, se da una fundación, depositaria en sus miembros de la herencia recibida del fundador o de la fundadora. Ella tiene que ir adaptándose a las necesidades del carisma en cada tiempo. De ahí su necesidad de estar armonizada con el tiempo y con el resto de la comunidad creyente, que, a su vez, ha de escuchar el mensaje del carisma que Dios ha regalado a una comunidad concreta, pero que es para toda la Iglesia.

«El Papa Francisco nos invita a todos los miembros de la Iglesia a un 'estado permanente de misión, en salida', para que llevemos la esperanza de Cristo a la gente, levantando un 'hospital de campaña' en medio de esta realidad que nos rodea. A la vida consagrada le ha pedido expresamente que se desplace hacia las periferias geográficas y existenciales para consolar y dar esperanza a los hombres y mujeres de estos tiempos. Los religiosos y religiosas, viviendo la alegría del encuentro con Cristo, podemos llevar la esperanza en el consuelo y la acogida de tantas personas en tantos lugares donde nos encontramos. Nuestras casas bien pueden ser 'tiendas' del 'hospital de campaña' que pide el Papa».

Sin duda alguna los carismas están en orden a la misión. Resulta elocuente la manera como el P. de las Heras nos acerca la imagen ante las «heridas» que están llamados a curar: levantar un «hospital de campaña». Poco sentido tendría que nos desplazásemos a las periferias sin establecer sintonía y como una actividad pasajera, como para pasar el tiempo. Es necesario vivir con, y la diócesis se ha de hacer presente con su apoyo a todas las tareas que los

miembros de la vida consagrada están desempeñando en los diferentes lugares de la geografía. Potenciar el carisma, procurar que las respuestas a la llamada no sean dirigidas al capricho del acompañante, sino al lugar a donde el mismo Padre le quiere.

Salir de nosotros mismos, ese éxodo que, según el Papa Francisco es «experiencia fundamental de vocación». Ésta es un regalo del Padre, pero no lo es para la persona que, llamada, responde a la invitación, sino para todos aquellos que necesitan de su servicio para curar heridas, para elevar el ánimo, para encontrarse con una Iglesia que además de hablar está actuando en favor de los hombres, también los de este tiempo; a Dios no le importa que ésta sea una sociedad secularizada, una sociedad que prescinde de Él, podríamos decir que, aunque haya personas que no creen en Dios, Dios sí que sigue creyendo y esperando que le abran el corazón para hacerles tomar parte del banquete del reino, de la alegría del evangelio. Y esto es misión de la iglesia unida que camina apoyándose en el Padre y unos hermanos en los otros.

4. LO QUE NOS DICE LA IGLESIA (EN PARTICULAR LA ESPAÑOLA)

En abril de 2013 la Conferencia aprobó y publicó un documento interesante: *Iglesia particular y vida consagrada*. Tenía como objetivo facilitar las relaciones mutuas entre obispos y vida consagrada. El documento nace de una necesidad de vivir los carismas dentro de la misión total y de mejorar las relaciones y la intercomunicación entre clero secular y clero regular, entre sacerdotes y religiosos. Importante ver que se reconocen las dificultades y tensiones que han tenido una presencia demasiado frecuente entre dos «ejércitos» de la Iglesia que parecían tenerse por ajenos (si no en ocasiones enemigos) el uno al otro: el CIC de 1983, los diferentes documentos, de los que destacamos *Perfectae caritatis* (del Vaticano II), y *Vita consecrata* (2007), de Juan Pablo II, y los salidos de la Comisión Mixta de Obispos y Superiores Mayores tendentes a animar la vida consagrada de la mediocridad, el consumismo y el aburguesamiento, tentación que le viene de esta sociedad secularizada. Poniendo las bases del sentido de la consagración, liberando de ese querer dar testimonio más que haciendo ver que su vida era un don para la comunidad, asemejándose en las formas de vivir a las nuevas características de una sociedad distinta, una sociedad que, no sólo evolucionó (lo cual es normal en todo tiempo) sino que está en continuo cambio, y por eso nos obliga a vivir desde la dinámica e Jesús: ir por los caminos, de aldea en aldea, teniendo en la vida la Palabra. Palabra que se ofrece como un regalo, que ha de ser acogido por los que la escuchan siendo muy importante que los portadores de la Palabra (sacerdotes, vida consagrada en sus diversos y ricos carismas, laicos comprometidos) no la consideren como una música ya sabida, sino el testimonio de su vida, y la comunión (muy importante), muestren que no es esta palabra un '*flatus vocis*', sino su forma de vivir. Siempre me ha llamado la atención que en

los Hechos de los Apóstoles nos diga que aquellos que se convertían por la predicación se adherían, no a una palabra, sino a esa nueva forma de vida. Esto nos está indicando que nuestra predicación o anima al camino que lleva a una vida nueva o será teoría inútil. Vivir como cristiano no es ser seguidor de una doctrina, sino de las huellas del Señor que es la vida.

Desde la consagración de todo creyente, el Bautismo, que nos congrega en un solo pueblo nuevo, se ha de estar atento al sentido de la misión para la que el Señor nos llama y la convicción de que ésta solamente puede desarrollar en comunión de vida y presencia activa de los diversos carismas en un ir de consuno en la tarea recibida, sin dejar de llevar a cabo el don que nos ha regalado el Señor (el carisma peculiar), porque eso es señal de que la fuerza del Espíritu Santo sigue actuando, o mejor, porque dejamos que actúe a través de nosotros esa fuerza.

Del sentido de comunión viene la espiritualidad de comunión, la cual nos lleva al *Diálogo*, a la *Participación* y a la *Corresponsabilidad*. La conciencia más plena de que la vida consagrada no está formada por un grupo de revolucionarios que quieren hacer marchar a la Iglesia por caminos «heterodoxos», sino que pertenece y se desarrolla dentro de la dinámica de la Iglesia particular y que, históricamente, ha servido de despertador de una Iglesia demasiado acomodaticia y acomodada, poco parecida a la que Cristo quiere, subrayando aspectos que habían quedado en el olvido: sentido de la pobreza auténtica (Francisco de Asís), la necesidad de predicar allá donde decae el amor y la escucha de la Palabra (Domingo de Guzmán), el sentido de milicia al servicio de la fe (Ignacio de Loyola), el trabajo por renovar la Iglesia y la tarea de formar a los sacerdotes (Santo Maestro Juan de Ávila y Beato Manuel Domingo y Sol) la atención a la formación de los más pobres (Juan Bosco y la M. Mazzarello), la renovación de la vida religiosa (Teresa de Jesús) y tantos otros santos y santas que, a lo largo de los siglos, han ido dándonos ejemplo de lo necesario para la felicidad desde el interior de los hombres y mujeres de cada tiempo.

Y esta comunión es un mandato que viene de la oración de Jesús en Jn 17, 21: «Que todos sean uno, como tú Padre en mí y yo en ti, para que el mundo crea que tú me has enviado». Y somos uno, presentando el rostro del Padre cuando nos articulamos para formarlo entre todos los dones que él ha regalado a los hombres. Ésta es la razón por la cual los últimos años se han desarrollado las bases para hacerla realidad. Dos documentos, «*Mutuae relationes*» y el citado *Documento publicado* en abril de 2013 por la Conferencia Episcopal Española, que pretende fomentar la conciencia de lo que significa «*una misma misión con carismas complementarios*», poner de manifiesto la urgencia de la coordinación de toda la Iglesia para mostrar que, en la variedad, está la riqueza de una única evangelización. Nos interesa tener en cuenta los cauces operativos que en el Documento propone.

Tres grandes apartados

1. Un mayor conocimiento y cercanía mutuos entre obispos y consagrados y entre estos y el clero diocesano secular.

2. Una más amplia integración y participación de los consagrados, según su carisma, en la acción pastoral diocesana y en los órganos de consulta y gobierno.

3. Una mayor coordinación por parte del obispo de los ministerios, servicios y obras apostólicas que los consagrados realizan en la Iglesia particular.

Vamos a resaltar algunos puntos que considero más importantes en cuanto a las relaciones:

Del apartado primero:

El número 1. Desde los primeros grados de formación inicial eclesial y para la vida consagrada, dar la debida importancia al estudio sistemático de la eclesiología, insistiendo en la teología de la Iglesia particular, del ministerio episcopal y de la vida consagrada.

El n.º 4: Fomentar encuentros entre consagrados y clero diocesano en las diócesis, vicarías, arciprestazgos y parroquias, para orar juntos, facilitar el mutuo conocimiento y las relaciones fraternas, así como promover acciones conjuntas y mantener viva la conciencia del misterio de Cristo y su Iglesia.

Del apartado segundo: El obispo es «el primer responsable de la acción pastoral en la diócesis, con el que han de colaborar los consagrados para enriquecerla según su carisma». Y el texto siguiente del n.º 8: ... «La presencia de la vida consagrada es un enriquecimiento para las diócesis, lo que invita a cuidar una adecuada distribución geográfica para la mejor contribución a la evangelización según el carisma propio y las necesidades pastorales». Y el n. 12: «El obispo es el responsable de la promoción y desarrollo de toda la pastoral de la iniciación cristiana. Por tanto es necesario encontrar cauces adecuados de cooperación entre el obispo y sus colaboradores y los Institutos de vida consagrada dedicados a la educación cristiana de la infancia y juventud». Por supuesto que habríamos de añadir los referentes a la colaboración por zonas pastorales (parroquias, arciprestazgos, diócesis) y a nivel nacional Conferencia Episcopal.

El apartado tercero se refiere a la coordinación y subrayamos:

–Es conveniente partir de una información mutua de las actividades pastorales llevadas a cabo por el clero secular, por los consagrados y por los laicos

–Intercambiar informaciones entre el obispo y los consagrados sobre el estado actual de la pastoral diocesana y sobre la posibilidad de que los consagrados participen en ella.

–Para progresar en la coordinación es recomendable la revisión periódica de cómo se viene realizando de hecho la coordinación, para valorar los aspectos positivos y deficientes e iluminar nuevas posibilidades concretas.

—Obispos y superiores mayores respeten y fomenten, previo discernimiento, las nuevas iniciativas y experiencias pastorales de los consagrados, de acuerdo con las necesidades más urgentes de la Iglesia, evaluándolas periódicamente

—La pastoral vocacional ha de ser programada conjuntamente, de acuerdo con las directrices de la Santa Sede y de la Conferencia Episcopal, en comunión y coordinación con las prioridades y criterios diocesanos y respetando la programación propia de cada Instituto.

Los demás números de cada uno de los apartados son también elocuentes de los deseos de imbricar cada una de las pastorales en una única, diferenciada y respetando los carismas y la dinámica de cada institución, pero la más importante es la Institución Iglesia en la que desde la iglesia que camina en cada diócesis se hace presente mediante todos los dones y carismas que se hallan presentes en ella.

Nos falta solamente el llevar a cabo lo magistralmente pensado. Por desgracia aún hay algunas reticencias que hemos de superar por una y otra parte. Es necesaria la acción unida en la obra de la Evangelización a la cual se unen los laicos, cuya realidad es muy importante para que sean los capilares que llegan hasta los rincones más pequeños. Desde ellos la savia nueva del evangelio se volverá a extender a todos los hombres, al menos la propuesta de fe a cada uno de ellos.

No es hora de hacer compartimentos estancos, sino de unir todas nuestras fuerzas en el Espíritu para cumplir con el encargo que Dios nos ha hecho en Jesús, hermano y amigo, Señor y siervo que nos invita a acoger a los hermanos y a aprender a servir. «No he venido como el que manda, sino como el que sirve.